



Introducción

TODAVÍA NO CREARON LA MÁQUINA DEL TIEMPO. LOS QUE LA INVENTEN DEBERÁN APURARSE PORQUE aquí tienen un potencial viajero frecuente que no pararía de sumar millas (o años) en cantidad.

Me encantaría mirar los quince minutos del famoso combate de San Lorenzo desde la torre del convento de San Carlos, pararme en medio de la Plaza el 25 de Mayo, asomarme por la ventana de la Casa de Tucumán,

subirme a una azotea durante la Reconquista y la Defensa, esconderme detrás de una cortina en la entrevista de Guayaquil, observar desde el palomar los dos imponentes ejércitos que se plantaron frente a frente en Caseros...

La enumeración sería infinita, aun sin salirme de la historia argentina. Todos los hechos que mencioné pertenecen a una época en la que supongo me hallaría cómodo, a pesar de las distancias temporales. Sin embargo, si

viajara a nuestra tierra durante los siglos XVI a XVIII, me da la impresión de que sentiría que estoy en otro planeta.

Una lluvia de flechas cae sobre Solís, Pedro de Mendoza ordena comerse las suelas de los zapatos, se forman harenes en Asunción, dos enemigos se sientan en el mismo estrado para gobernar el Plata, Cabeza de Vaca deambula desnudo por Norteamérica, a Garay le parten la cabeza con un palo. Buenos Aires empieza su historia siendo una ciudad mugrienta, maloliente. Con unos pocos ranchos bien precarios, con vecinos que no se bañan casi nunca, con sacerdotes chiflados, con contrabandistas ocupando cargos principales, con gobernadores extravagantes, con un potentado que se pasea vestido de fraile y repartiendo limosnas, con pestes que siembran de muertos sus calles, con invasiones de hormigas y de loros, con corridas de toros frente al Cabildo.

Más allá, en Tucumán, un funcionario presenta sus excrementos como prueba en un juicio. En Luján, los ingleses patean una pelota que termina en el techo del Cabildo. En Irlanda, un fantasma se entromete en la familia de un gobernador porteño. Un virrey renuncia por amor, otro es atacado en la calle por inmoral y otro muere en un accidente de tránsito en Uruguay. Una travesti desembarca en las Malvinas y un gaucho recibe una multa por mal estacionamiento del caballo. En Santiago del Estero, un alférez se muere de bronca, y en Jujuy, un militar se muere de alegría. Un paraguayo decide caminar desde Santa Cruz hasta Buenos Aires. En Río de Janeiro, Beresford se arrepiente de haber ofendido a las porteñas. Dos vecinos cabalgan hacia Colonia, cruzando el cauce del desaparecido Río de la Plata; uno de ellos quiere instalar un criadero de negros. Un obispo se mete en la cárcel y se lleva un preso a su casa. Un grupo de estudiantes toma el principal colegio porteño. En el Cabildo

discuten la madurez de los duraznos, la circulación de los vecinos por la puerta del edificio y la declaración de guerra a Dinamarca.

Aquella época —de boqueteros, promesas de amor cumplidas e incumplidas, excomuniones para gobernadores y bailarines, abogados que siembran el terror y hombres que pagan por gobernar a Buenos Aires— es un manantial de hechos trágicos, curiosos, románticos y desopilantes. Al final del libro se encuentra una nutrida bibliografía. Con las obras de esos magníficos autores pude construir mi máquina del tiempo y conocer ese extraño planeta. Los invito, queridos lectores, a participar de esta travesía que se inicia en noviembre de 1507 y termina cinco minutos antes de Mayo de 1810. No se ajusten los cinturones, pónganse cómodos. Allá vamos...

Daniel Balmaceda